

Más allá de los Andes. Infancia, exilio y memoria

Beyond the Andes. Childhood, exile and memory

Resumen

El presente artículo busca abonar a un conocimiento más integral sobre el exilio chileno en Argentina entre los años que abarcan el tercer gobierno peronista (1973-1976), la dictadura militar (1976-1983) y la transición democrática (1983-1990). En particular se aspira a contribuir con una línea de indagación sostenida en los últimos años por varios colegas interesada por la reconstrucción de las experiencias de los latinoamericanos que llegaron a la Argentina en el marco de las movilidades forzadas. Estas trayectorias no habían sido visibilizadas anteriormente ya se consideraba que Argentina había sido un país productor de exilios antes que un lugar de acogida. Este trabajo busca enfatizar en la experiencia de vida de los exiliados poniendo el foco en la niñez. Haciendo uso de la metodología propia de la historia oral, este trabajo recupera las vivencias y recuerdos de Pilar Barredo Sandoval quien, con apenas seis años, llegó exiliada a Buenos Aires junto con su mamá y su hermana. El artículo transita por las difíciles coyunturas que debieron atravesar las familias chilenas en Argentina y permite mostrar de qué manera las vivencias, las memorias y los silencios no pueden comprenderse fuera del contexto del exilio.

Palabras clave: Exilio, Chile, Niñez

Abstract

This article seeks to contribute to a more comprehensive knowledge of Chilean exile in Argentina between the years that comprise the third Peronist government (1973-1976), the military dictatorship (1976-1983) and the democratic transition (1983-1990). In particular, it aims to contribute to a line of inquiry sustained in recent years by several colleagues interested in reconstructing the experiences of Latin Americans who arrived in Argentina in the context of forced mobilities. These trajectories had not been previously visible since Argentina was considered to have been an exile-producing country rather than a place of reception. This work seeks to emphasize the life experience of exiles with a focus on childhood. Using the methodology of oral history, this work recovers the experiences and memories of Pilar Barredo Sandoval, who, just barely six years old, arrived in Buenos Aires in exile along with her mother and sister. Through Pilar's personal history, the article goes through the difficult situations that Chilean families had to go through in Argentina and allows us to show how experiences, memories and silences cannot be understood outside the context of exile.

Key words: Exile, Chile, Childhood

Fecha de recepción: 2 de mayo de 2020

Fecha de aceptación: 8 de octubre de 2020

Más allá de los Andes. Infancia, exilio y memoria

Beyond the Andes. Childhood, exile and memory

Natalia Casola*

“Tal vez la infancia sea ese territorio, [...] ese espacio al que podemos volver, a través de nuestra memoria, a un tiempo, un espacio de resistencia, de desobediencia y de lucha contra la catástrofe.”

Marisa González de Oleaga,

Transterradas. El exilio infantil y juvenil como lugar de la memoria

Introducción

Cuarenta y cinco años después María Pilar Barredo Saldoval decidió que había llegado el momento de contar su historia. Se tomó un avión desde Ushuaia que la dejó en Buenos Aires para que el intercambio epistolar que habíamos comenzado se transformara en entrevista.¹ En cuestión de días, el silencio de años, la historia de su niñez en el exilio se tornó palabra urgente. Pilar nunca le había puesto palabras al exilio porque cuando con apenas seis años salió de Chile rumbo a Buenos Aires y desde allí a Chaco, donde vivió hasta hace muy pocos años, su mamá le había prohibido revelar jamás aquella condición original ¿Por qué el paso del tiempo, democracia mediante, no había logrado erosionar la sensación de terror y de peligro que podía comportar reconocerse en el exilio? ¿Qué es lo que hace que aquello que contuvo por años la palabra en el silencio de pronto desaparezca? El exilio de Pilar, el de su hermana mayor y el de su mamá (ya fallecida), transcurrió en el más estricto de los silencios, al menos hasta hace poco tiempo.

Historia oral, memoria y contexto

Este es un trabajo de historia oral y pretende abonar a un conocimiento más integral sobre los efectos sociales del terror implementado por las dictaduras del Cono Sur y más específicamente en Argentina entre los años que abarcan el tercer gobierno peronista, la dictadura militar y la transición democrática. En particular busca contribuir con una línea de indagación sostenida en los últimos años por varios colegas (Paredes, 2007; 2016; Gatica, 2012; Cecilia Azconegui, 2016; 2020) interesada por la reconstrucción de las experiencias de los chilenos que llegaron al país no como migrantes, aunque adujeran y tuvieran necesidades y aspiraciones económicas, sino en el marco de las movilidades forzadas (Coraza, 2018). Las investigaciones mencionadas han reconstruido la experiencia de los chilenos en provincias que, como Mendoza, Chubut y Neuquén, comparten frontera. En estos territorios, la presencia de chilenos y chilenas ha sido habitual. Sin embargo, en todos los casos, la afluencia de personas de esa nacionalidad a partir de 1973 se intensificó dando lugar a nuevas formas de

* CONICET/ Universidad Nacional de Tres de Febrero- Centro de Estudios de la Economía Social. E-mail: nataliacasola@hotmail.com

¹ La entrevista tuvo lugar en octubre de 2018 en el Partido de Morón, Provincia de Buenos Aires, Argentina.

marcación social, de hostilidad, persecución estatal y, también, de solidaridad local. En mi propia investigación centrada en Buenos Aires, he encontrado un proceso de características similares (Casola, 2017a, 2019; 2019a), aunque con menor visibilidad pública e impacto en la comunidad de acogida, probablemente por las dinámicas políticas diferenciales que se establecen en ciudades de gran escala (Casola, 2020). Si bien los abordajes del Estado en distintos momentos y el progresivo abandono de los enfoques poblacionales por los de la “seguridad nacional” (Azconegui, 2020) constituyó un proceso de corte generalizado, en Buenos Aires el impacto social de la “chilenidad” fue menor que en otras regiones del país. En el presente artículo se aborda a partir de una historia de vida la experiencia del exilio en dos provincias, Buenos Aires y Chaco, el segundo, destino involuntario de reasentamiento. ¿Cómo fue vivida la experiencia en esta región? ¿Qué lugar tenía la “chilenidad” en las representaciones sociales de los pueblos del interior chaqueño? Considero que la experiencia que abordo en este artículo no constituye prueba suficiente, pero sí ofrece claves de comparación que pueden contribuir a reforzar algunas conclusiones respecto de las repercusiones diferenciadas que pudo tener la presencia de chilenos que llegaron a partir de 1973. Otro aspecto coincidente de esta investigación con las producciones con las que dialoga es la observación del exilio como una circunstancia que acarreó el empobrecimiento de las personas movilizadas. En mi perspectiva, esta situación se explica por la debilidad de la estructura productiva argentina, sumado a la falta de apoyo del Estado en función de la integración de los recién llegados, incluso durante la breve coyuntura en la que primó el enfoque poblacional (Casola, 2020).

Este trabajo, por tanto, recupera los recuerdos y representaciones de Pilar para reinscribirlos en una narrativa más vasta que busca comprender la experiencia de los exiliados chilenos en general, aunque poniendo especial atención en la niñez. Las ciencias sociales han dedicado muchas páginas al análisis de la indisoluble tensión existente en la relación entre lo individual y lo colectivo. A estas alturas, existe un consenso que señala que todo lo que hay en el relato individual encuentra lugar en una dimensión social y cultural compartida. Por eso, no se trata de afirmar que la historia de Pilar sea la de todos los niños y niñas chilenas que llegaron a la Argentina escapando de la persecución, sino marcar que su condición de exiliada fue determinante para que las cosas ocurrieran de un modo y no de otro.

En un segundo orden, este trabajo tiene el desafío de explicar el pasaje del silencio a la palabra, de la memoria reprimida a la memoria representativa, una cuestión compleja que habla tanto del pasado como del presente. Hacer hincapié en los contextos de audibilidad explica muchos aspectos alrededor del acto de dar testimonio y rememorar. ¿Con qué expectativas, con qué categorías, en qué marcos es posible narrar? Al respecto, lo primero que hay que decir es que durante casi cuatro décadas no existieron condiciones de audibilidad para los latinoamericanos que habían llegado a la Argentina como exiliados y que permanecieron en el país de manera transitoria o permanente. Para quienes habían obtenido la residencia definitiva los temores vividos durante la dictadura no desaparecieron con el cambio de gobierno en 1983. Una parte importante de la población vivió aquellos años con mucha incertidumbre y con una extendida desconfianza respecto de la estabilidad de las democracias. Por otro lado, el debate público permaneció centrado casi con exclusividad sobre el destino de los desaparecidos y fue estrecho el margen para la visibilización de otras formas de violencias acaecidas sobre el conjunto de la región. Por si fuera poco, la dictadura en Chile aun no había acabado y el gobierno argentino de Raúl Alfonsín intentó tomar distancia respecto de los grupos de chilenos que luchaban contra el régimen militar desde Argentina. Esta actitud oficial expresaba la delimitación respecto de cualquier expresión de radicalización política, pero en términos sociales se sostenía en largos y acendrados prejuicios que mezclaban la

xenofobia con el anticomunismo. Solo cuatro décadas después de finalizada la dictadura en Argentina, comenzaron a emerger las condiciones para la visibilidad y la audibilidad empática (Jelin, 2002) con el sufrimiento de los extranjeros, trabajadores y trabajadoras, que llegaron a nuestro país como parte de los circuitos de la movilidad forzada que se produjo en toda la región. En términos históricos puede no representar un segmento de tiempo demasiado largo e, incluso, puede entenderse como parte de un proceso de construcción de memorias sobre el pasado reciente que con marchas y contramarchas fue gradualmente poniendo al descubierto la magnitud, la heterogeneidad y la extensión de los sistemas de terror implementados por el ciclo de dictaduras en el Cono Sur. Pero en términos de las trayectorias de vida la ausencia de marcos sociales adecuados para la escucha pudo retrasar o impedir que las experiencias fueran elaboradas e inscriptas en una trama social más amplia.

En los últimos años, esta situación comenzó a cambiar con el conocimiento más amplio, más preciso y más extendido de lo ocurrido durante las dictaduras militares del Cono Sur. La contribución del campo académico a esa tarea ha sido considerable y en este sentido, la propia existencia de esta investigación conforma un marco social de memoria (Halbwachs, 2005 [1925]) que genera condiciones de posibilidad para que la palabra se enuncie y adquiera una significación particular. Como afirma el historiador Alessandro Portelli, “Los hechos pueden ser concretos y verificables pero lo que tenemos entre manos no es la experiencia, lo vivido, la realidad, sino su relato, una construcción verbal en la que el narrador, gracias a la oportunidad y al desafío del investigador, da forma narrativa a su propia vida” (2016:247-263).

En la historiografía de la región uno de los sub-campos en expansión fue el del estudio de los exilios producidos durante el ciclo de las dictaduras militares. La construcción de esta agenda de investigación en Argentina fue muy importante porque permitió colocar al exilio como modalidad represiva habitual y a los exiliados como víctimas del terrorismo de Estado, a contrapelo de un sentido común establecido hasta bien entrados los años 90 que los miraba como privilegiados. Esta premisa inicial fue el puntal para la multiplicación de estudios sobre los exiliados. Más recientemente, la infancia, cuya historiografía, en paralelo, también adquirió mayor desarrollo en los últimos años, comenzó a ser objeto de análisis. Niños y niñas aparecen como protagonistas y vienen a completar una mirada extensa e integral sobre el exilio y sus múltiples caras (Jensen, 2002; Zucker, 2005; Porta, 2006; Alcoba, 2013; Castillo Gallardo, 2015; González de Oleaga, Meloni González y Saigh Dorín, 2016; Casola, 2019). En consecuencia, existen las palabras, los conceptos y los marcos institucionales para nominar estas experiencias y restituir las en una memoria histórica más compleja sobre las dictaduras del Cono Sur y sus efectos sociales. En suma, la historia de Pilar, por entonces niña chilena exiliada en Argentina, constituye una memoria representativa que nos ayuda a analizar y comprender mejor los avatares, conflictos, temores y dolores que atravesaron las infancias en el exilio. Si bien la Pilar que enuncia ya es adulta, los recuerdos siguen estando anclados en un pasado que fue real. Es ese pasado el que buscamos recuperar y no sólo como secuencia fáctica, sino para comprenderlo en sus propios términos, como proceso social integral.

La antesala del exilio: Chile

Evocar un tiempo es al mismo tiempo evocar un espacio y esta historia tiene como primer escenario a Chile. María Pilar Barredo Sandoval nació en el pueblo de Quilpué en 1966. Cuando era niña, Quilpué, un pueblito cercano a Valparaíso, tenía calles de tierra y una vida tranquila. Su familia tenía un buen pasar, habiendo heredado tierras de sus abuelos. Cuando asumió la Unidad Popular, sin embargo, la familia se fracturó. La mayoría de los

miembros abominaban la experiencia allendista y apoyaban los planteos de la derecha. La excepción fue su mamá, Zunilda Sandoval Gutierrez, que trabajaba como enfermera, era delegada gremial del hospital de la zona y militaba en el Partido de Izquierda Radical (PIR), una escisión allendista del originario Partido Radical.² El padre de Pilar era marino mercante, viajaba siempre. Las visitaba cada tres meses, se quedaba quince días y se volvía a ir. El no militaba y, según recuerda Pilar, su presencia era más conflictiva que esperada, de manera que los recuerdos de su primera infancia están mucho más asociados a su mamá.

Mi mamá era una mujer de lucha, del gremio, ella es como se centró en eso: en trabajar “para”. Siempre fue así. A nosotras nos llevaba a las marchas, nos llevaba a las reuniones, nos enseñaba los cantos que tenía que cantar, nos hablaba de política y ya nos hablaba de Allende, teníamos ya una cierta formación sobre esos temas. Yo me acuerdo de todo. Tengo recuerdos de Víctor Jara, de música de Violeta Parra, me crié con esa música. Mi mamá tocaba la guitarra. Así que cada vez que teníamos que ir a dormir, nos tocaba una canción. Y nos tocaba eso, Violeta Parra, Los Jaivas, todo ese tipo de música. ‘El pueblo unido jamás será vencido’, lo tengo desde que tengo uso de razón [risas].

Para Pilar la militancia fue un espacio fundante en su propia identidad. De alguna manera, ella y su hermana, a pesar de ser niñas, también participaban de ese mundo politizado que, luego, las llevará al exilio. Este pasaje es representativo de la manera en que los niños participaban de los procesos políticos que protagonizaban los adultos; de cómo ellos se apropiaban de esas referencias que, a su vez, permiten dar un significado a los acontecimientos posteriores. Luego del golpe la situación comenzó a ponerse cada día más peligrosa:

[...] en el '73 sucede el golpe. El terror es algo que yo no puedo olvidar. El terror al hablar, el terror a mirar. En un momento me acuerdo de que yo era muy chiquita, tenía seis años, nosotros vivíamos en Quilpué en un barrio en el que atrás de nuestra casa estaba la Fuerza Aérea y a todos los presos los llevaban ahí. Cada tanto se escapaba alguno, en la desesperación, se escapaban y cuando llegaban a las inmediaciones, llegaban a nuestro barrio. Entonces empezaba el tiroteo. Algo que yo tenía incorporado: empezaba el tiroteo y nos tirábamos al suelo. Todos gateando. Ese día mi hermana estaba en la casa del vecino. Porque a pesar de que había toque de queda, nosotros habíamos hecho como un pasaje para comunicarnos con un nuestro vecino, para mirar la tele. Todo era así. Y bueno, mi hermana se fue a lo del vecino cuando comienza el tiroteo. Mi mamá estaba asustadísima porque mi hermana había quedado del otro lado y las casas eran de madera y las balas cruzaban de lado a lado. Y mamá intenta ir a buscarla, tenía que saltar la tapia y andaban los helicópteros con esas luces fuertes buscando al que se había escapado. Y metían bala a todo lo que se movía. Bueno, intenta cruzarse, la trae y todo eso fue un horror. Yo lloraba que no podía parar y ella me pedía que no llore, que hiciera silencio. Por eso te digo, el terror no se olvida más. Es terrible, no sé cómo explicarlo.

Un día Zunilda se enteró que estaba en una lista negra:

Una amiga de la Democracia Cristiana le avisó que ella estaba adentro de esas listas y le dijo que la iba a ayudar para poder salir del país. Y que en uno de esos días en el hospital –ellos tenían sus armarios con llave, ella tenía en su armario toda la publicidad de su

² El Partido Radical había sido fundado a mediados del siglo XIX. Era un partido laico, inspirado en las ideas de la Revolución Francesa, que propugnaba la separación de la iglesia y el Estado, entre otras propuestas de democratización social. A lo largo del siglo XX se consolidó como una fuerza política de centro que tenía especial apoyo en las capas medias profesionales del país. Esta base social le sería arrebatada más tarde por la Democracia Cristiana.

partido, libros de izquierda- habían ido a mirar. Así que ya estaba, chau. Así que hicimos un pozo en el jardín, ahí quemamos todo y lo tapamos. Y bueno, en una semana organizamos todo.

El relato marca la intensidad del temor por lo que podía suceder. El peligro inminente, las prisas por resolver un viaje que en otras circunstancias hubiera tomado meses de planificación. En este caso, las redes de solidaridad parecieran haberle salvado la vida, a pesar de que la Democracia Cristiana (DC)³ formó parte del arco opositor a la Unidad Popular contribuyendo a crear las condiciones necesarias para el golpe de Estado (Yochelevzky, 2002). Por la base, a nivel de las relaciones personales, el afecto, los vínculos construidos y el humanitarismo de muchos demócratas cristianos que no acordaban con el golpe, primaron por encima de las rivalidades políticas y las diferencias ideológicas.

Justo había llegado una carta. Fue algo totalmente casual. Llegó una carta de mi papá que decía que iba a embarcar acá en Buenos Aires, en el puerto. Y que hubiese sido lindo que nosotras estuviésemos ahí. Pero él siempre mandaba ese tipo de cartas pedorras donde nos decía: ¡ay! ¡Cómo me gustaría verlas! y que se yo, pero después nada. Entonces ella tomó esa carta y se fue a ver a una jueza que le dio el permiso para salir a la Argentina pero por unos días, no me acuerdo si era por diez días el permiso. Y en esos diez días tuvimos que volar de Chile. Vendimos lo poco que pudimos vender; lo otro lo repartimos entre los familiares.

Como ocurría en tantos otros casos, el exilio no fue sincerado ante las autoridades del país expulsor ni del país receptor. El desplazamiento debía guardar el camuflaje de lo privado para protegerse ante posibles sanciones. Si bien en Chile la pena de extrañamiento, la expatriación fueron mecanismos legalizados y utilizados en forma masiva por la dictadura, hubo otros casos, como este, en los que la decisión quedó en manos de las personas que temiendo por su vida optaron por el exilio. Cabe resaltar, sin embargo, que el sólo hecho de que Zunilda haya podido recurrir a una jueza, nos permite pensar que se trataba de una persona que portaba saberes y recursos específicos con los que no contaron otros exiliados chilenos. Su pertenencia al Partido de Izquierda Radical, su militancia gremial y sus conocimientos como profesional de la salud son elementos que la ubican en lugar relevante en comparación con otras mujeres de su misma generación. Todo ese capital simbólico considero que fue crucial y le permitió tomar decisiones de vida con rapidez y no mirar atrás.

Las cosas del exilio

Una de las primeras marcas del exilio se relaciona con la pérdida del mundo de lo conocido. Como es evidente, de los familiares, de los amigos, pero también del mundo material. Para los niños el mundo material se compone esencialmente de la casa en la que viven y de los juguetes. La niñez se define fundamentalmente por el juego y los juguetes. De manera que el abandono de los juguetes constituye un primer desgarró del exilio.

De alguna manera podría decirse que el exilio pesa. Y no es precisamente una metáfora para comunicar lo difícil que es dejar una vida atrás, aunque en ese trabajo de selección de

³ La Democracia Cristiana, tenía su origen en sector progresista de jóvenes vinculados al movimiento de Acción Católica e identificados con la doctrina social de la iglesia de la Encíclica Rerum Novarum de 1891. En 1957 se transformó en Partido Demócrata Cristiano. El socialcristianismo impulsado por la democracia cristiana se verá reflejado en la campaña de Eduardo Frei Montalva en 1964 denominado "Revolución en libertad".

cosas que se han de llevar de viaje, también quede implícito aquello. Federico Lorenz (2008), en un texto que narra los viajes de los ex combatientes de Malvinas a las Islas ha dicho a propósito de otra historia, escrita por Tim O'Brien sobre veteranos de la guerra de Vietnam, que la guerra pesa en las espaldas. ¿Cuánto pesa en las espaldas el equipaje emocional de los exilios? Personas que no van a la guerra pero que escapan de peligros parecidos. ¿Qué penas, afectos y emociones eligen trasladar? ¿Cuántos recuerdos entrarían en una valija que a menudo debía simular ser el equipaje de un turista?

El exilio comienza con una valija, o debería decir tres. La de Zunilda y sus dos hijas de ocho y seis años. Un exilio cuyo primer paso fue el propio acto de armar el equipaje. La concienzuda decisión de tener que elegir qué cosas llevar, pero sobre todo qué otras dejar en un último lugar de la memoria. Las cosas, son solo cosas que sirven para algo, hasta que se transforman en objetos mucho más valiosos. Algunas cosas sufren esa rara paradoja de que junto con su deterioro material se vuelven más importantes, porque ofrecen testimonio tangible de las cicatrices, las venturas y desventuras de nuestras vidas. Valores intangibles en pesos tangibles que no son invisibles a los ojos del personal de migraciones ni de los controles territoriales. Recuerdo que la primera vez que entrevisté a María Amelia Silva, una ex trabajadora social de CAREF, me contó que el exilio de su hermana, chilena como ella, había sido uno de los motivos que la había impulsado a cuidar con esmero a los refugiados que llegaban a Buenos Aires, ciudad que había adoptado como propia desde hacía años. Me contó que su hermana había hecho las cosas mal. Que se le notaba a la legua su exilio porque, al parecer, al llegar al aeropuerto de París traía encima suyo una frazada. No una campera, no un blazer ni un gamulán, a la manera de un turista, sino una frazada, a la manera de un refugiado, de alguien que sabe que volver no será tan sencillo y que a dónde va no tiene nada más que lo puesto. Una frazada seguramente pesa mucho como para ser guardada en una valija. Una frazada es un elemento indiscutiblemente necesario pero podía haber sido la razón de su detención. Hablar del exilio, entonces, es también hablar de las cosas que viajan.

Sí, y mirá, eran tres valijas las que trajimos. Una grande, que era la de mi mamá. Mi hermana tenía una valija mediana y yo, que era la más chica, una valija chiquita [risas]. Cada una con su valija y su bolsito de mano. Yo me acuerdo de lo que llevábamos. Porque viste que los niños siempre tienen muchos juguetes y bueno... mi mamá nos dijo: bueno, ahora elijan el juguete que más quieran y elegimos un juguete [se emociona]. Tenía dos juguetes, porque fijate vos lo que hice yo. Mi mamá nos dejó elegir un juguete. Entonces yo elegí una muñeca que ella había hecho. Esa elegí yo. Pero, a su vez, tenía una muñeca muy chiquita, a la que yo le había puesto nombre, que llevaba una manzanita en la mano. Yo le había puesto Manzanita Gloria y la llevé escondida en el bolsito que tenía. La escondí. Entonces, después cuando llegué a Buenos Aires le mostré y mi mamá lloró por eso. No la quería dejar. Muy triste”.

La condición de niñez implica necesariamente un tipo de relación subordinada respecto del mundo de los adultos, encargados de cuidar y de darle un significado a las experiencias. Sin embargo, los niños tienen sus propias estrategias de resistencia. Llevar juguetes pequeños parece haber sido la manera para burlar la directiva adulta: “solo un juguete”. Estas pequeñas maneras de agencia infantil muestran que Pilar entendía perfectamente que estaban atravesando por una situación excepcional y que su manera de defenderse debía estar acorde con ello, por eso, solo contó su pequeña “desobediencia” cuando lograron llegar a Buenos Aires. Lo importante era pasar desapercibidas. Ellas tres, o debería decir cuatro, Manzanita Gloria incluida.

Buenos Aires se ve, tan susceptible

La organización de la vida en Buenos Aires dependió, en primer lugar, de la red provista por los propios compatriotas. La ayuda mutua, como concepto canalizado por instituciones o como situación de hecho, conforma un mecanismo típico de las colectividades migrantes. La persona llega y se apoya en quienes estuvieron antes en ese mismo punto de partida y han acumulado alguna experiencia.

Vinimos con una amiga de mi mamá, Sara, y ella era la que sabía a dónde teníamos que llegar. Me acuerdo que ella decía que tenía amigos que ya estaban en Buenos Aires que eran chilenos y que nos podían alojar. Era una familia de chilenos que ya estaba establecida en Buenos Aires desde hacía años. Ya tenían su casita digamos. No sé si alquilaban o no. Entonces nos dieron una habitación. Muy solidarios, pero de todas maneras era como que un paso así muy rápido. Nosotras nos teníamos que buscar otro lugar porque ellos también como que se veían con miedo. No te podemos tener tanto tiempo acá: “buscate lugar, trabajo, lo que sea”. Así que estuvimos pocos días.

El temor de la familia chilena que las acogía no era desmedido ni infundado. Desde agosto de 1974 la situación se había tornado difícil para quienes arribaban al país y la rechazación del gobierno de alguna manera creaba condiciones favorables para el despliegue de actitudes sociales xenófobas. Es posible, entonces, especular con un temor a que la acogida de las recién llegadas desatase sanciones sociales de algún tipo.

[...] mi mamá estaba súper incómoda. Ella quería buscarse un trabajo. Así que fuimos, después de ahí, fuimos a la casa, me parece que es en Caseros, en el negocio de un señor, Antonio me parece que se llamaba, que tenía una mueblería y mi mamá alquiló atrás, en el depósito de la mueblería, pero que tenía un pequeño lugar que entraba una cama, una mesita y, saliendo, un baño. Y alquiló eso para vivir. Y después buscó trabajo como empleada doméstica. El nos prestó todo, la cama, la mesita, todo. Entonces, mi mamá, para que no estuviéramos solas en todo el día, nos inscribió en una escuela Ana María Elflin. Yo me acuerdo que íbamos al centro, porque eran 4 hs de colectivo. Porque ella trabajaba como empleada doméstica, tenía como tres casas que iba a limpiar. En casas de familias judías. En Capital seguro. Entonces para que no estemos solas nos inscribió en esa escuela que era de tiempo completo. Entrábamos a las ocho y salíamos tipo cinco de la tarde, que ella nos iba a esperar a la salida. Y de ahí volvíamos cuatro horas de nuevo en colectivo.

La inserción laboral de Zunilda seguía los habituales derroteros de las mujeres migrantes de la clase trabajadora: el empleo informal en el servicio doméstico parecía ser la opción más a mano aun cuando Pilar tenía un oficio previo.⁴ Como describe Alejandro Paredes (2016:8), el exilio fue vivido también como un proceso de empobrecimiento, aún para los que en Chile estaban completamente integrados en su sociedad, y este caso pareciera ratificarlo. En las condiciones de ilegalidad de poco valía su experiencia probada como enfermera hospitalaria. Por otro lado, la elección relacionada con la escolaridad muestra que las opciones se debatían entre una escuela de jornada completa, que no abundaban por la Buenos Aires de aquella época, y el dejar a las niñas sin supervisión, una situación que para el horizonte cultural de Zunilda resultaba impensado. Pero lo impensado, puesto en un contexto diferente, se torna una realidad.

⁴ En otro trabajo (Casola, 2019a) hemos demostrado que la mayoría de las mujeres refugiadas que obtenían empleo fuera de las casas y hoteles de refugio lo hacían en el servicio doméstico mientras que aquellas que conseguían trabajo en los circuitos de las organizaciones humanitarias trabajaban en talleres textiles.

Bueno, en una de esas, porque estábamos todo el día en la escuela, me acuerdo el 14 de mayo de ese año, del 74, era el cumpleaños de mi hermana y mi mamá nos hace chocolate caliente para tomar en la cama. Bueno, nos sirve el chocolate caliente y se me cae encima y me quemó toda. Tenía un pijama puesto y me lo sacó con la piel y todo. Entonces, quedé inválida por un tiempo. No me podía mover y mi mamá tenía que ir a trabajar. Entonces, se iba temprano y volvían recién a la noche. Eso fue muy duro. Estar sola todo el día. No solo me aburría si no que ahí adentro de ese depósito, había un motor de agua. Arriba, justo arriba nuestro, vivía una familia de paraguayos y todo el día hacían funcionar el motor. Entonces era ese ruido constantemente. Mi mamá decía que lo hacían a propósito. Pero lo cierto es que arrancaba el motor y yo lloraba. Era una tortura. Mi mamá, como yo no me podía mover, me dejaba todo al lado: la comida, el agua, me dejaba algo para hacer pis, de la forma que podía, y me pasaba todo el día.

N: ¿Y qué hacías? ¿Dibujabas?

P: Nada. No hacía nada, si no me podía ni mover. Horrible. Pero a mí lo que me ponía mal era el hecho de tener que estar sola. Tantas horas.

Como puede verse, el verdadero drama no era tanto el hecho de haberse quemado como el estar sola y terror a qué pasaría con ella si su madre no volvía. Esta anécdota retrata las condiciones de vida, la precariedad en la que vivían los chilenos recién llegados. Para las mujeres, además, suponía cargar con la responsabilidad de cuidar a los hijos, una tarea que, en algunos casos, como este, sencillamente resultaba imposible. Con solo seis años Pilar debía cuidarse a sí misma durante horas, sin juegos, sin visitas y sin supervisión adulta. El exilio pobre dejaba al descubierto que cualquier circunstancia distinta colocaba a los trabajos de cuidado en crisis.

La escuela, territorio de otro

Para Pilar la escolarización en Argentina representaba su verdadero exilio, sentirse extranjera a toda hora. Como hemos dicho, su mamá que trabajaba como empleada doméstica en distintas casas la anotó en el primer grado de una institución de jornada completa, el colegio Ada María Elflein.

El primer día de clases, ingresamos a las 8 de la mañana con el uniforme que traíamos de la escuela de Chile, un jumper azul marino, camisa blanca, medias azules y zapatos negros. Fui presentada en mi aula como la nueva alumna de 1er grado. Recuerdo sentirme desorientada, no entender nada.

En su recuerdo llevar uniforme era como llevar colgado un cartel que delataba su condición de extranjera. Las escuelas son espacios llenos de símbolos y portarlos de manera uniforme es uno de sus objetivos sociales. A pesar de su corta edad, Pilar era consciente de que llevaba un uniforme que resultaba extraño para la mirada de las niñas y niños argentinos.

Recuerdo el momento en que nos compró el guardapolvo, lo que fue para nosotras, como un regalo: ¡uh! ¡Tenemos guardapolvo! Ahí nos sentimos mejor, tenemos guardapolvo y encima nuevo.

Tener un guardapolvo nuevo como símbolo de integración y normalización. Que fuera nuevo, además, denotaba el gusto por la novedad y el alivio que traía saberse menos visible, menos extranjera.

Pese al deseo de integrarse, el proceso de socialización y la adaptación a la propuesta académica resultó sumamente difícil en su caso.

P: [...] te digo sinceramente, en ese momento, porque yo recuerdo que en ese momento yo sola decía: no entiendo nada. ¿Qué hago acá? no entiendo nada. No entendía lo que hablaban, no entendía qué me querían decir. No sabía nada. Era como que estaba, no sé... es como si a vos ahora te pasaran a Japón y tuvieras que trabajar en Japón. A pesar de que hablábamos el mismo idioma no entendía nada.

No era la tonada. Eran chistes que no los entendía, o formas de hablar, algunas palabras, no lo entendía. Era como que yo estaba ahí, yo me sentía como que estaba así, como que no existía. Y eso lo sentí desde que llegué hasta más o menos cuarto grado, que ya había pasado un tiempo, ya estaba en Castelli, todo. Hasta ahí yo me sentía como una cosa extraña. Como decirte, mi cerebro estaba en otra cosa.

N: ¿Y cuál era tu manera de sobrevivir?

P: Mi manera de sobrevivir era pasar desapercibida. Yo no hablaba, no me comunicaba con nadie. Me hablaban y no contestaba, entendés. Mi mamá se enojaba mucho, porque después, más adelante, cuando nos fuimos a Chaco, ella habrá pensado: bueno, ya estamos bien, ya pasó todo. Pero no había pasado todo. Las maestras siempre estaban enojadas, decían: "esta chica no habla". Como que me faltaba algo. Y mi mamá se enojaba y me preguntaba: ¿por qué no hablás? ¿Por qué no le contestas a la maestra? ¡Porque no quiero! ¡No puedo! No podía...

Pilar nos deja ver que el no haber conseguido enfrentar los desafíos de la escolarización, al menos no como los adultos esperaban de ella, fue una experiencia que la marcó profundamente. Pero lo que ella claramente no podía saber es que, lo que le ocurría, no era tan excepcional entre las niñas y niños que estaban pasando por su situación. En un trabajo anterior hemos reconstruido la escolarización de 45 niñas y niños chilenos refugiados que pasaron por las aulas de una escuela primaria de la Capital Federal que tenía una concepción mucho más humanista y empática que el promedio de las instituciones educativas de la época. Uno de los aspectos que más sobresale de la lectura de los informes redactados por las maestras y la psicopedagoga es justamente la repetición de un sinnúmero de dificultades para el rendimiento académico y para la integración con el grupo.

Las dificultades académicas eran, a su vez, el reflejo de un desorden que también se traducían en la construcción de vínculos con los compañeros de aula.

Yo era una niña muy tímida, retraída y no me podía comunicar casi con nadie, así pase a ser la víctima de mi compañero que hacía bullying. A diario me usaba para burlarse por todo como me vestía, porque no hablaba, etc. Todo lo mío era diferente. Un día este niño le sacó una cartuchera llena de útiles a una compañerita y se la guardó, yo lo estaba mirando y él se dio cuenta de eso, entonces guardó la cartuchera en mi bolso. Yo le dije que no era mío, que no la quería y él me obligó a ponerla en mi bolso, sino me iba a acusar con la maestra de que yo la había robado. No sabía qué hacer, entonces me callé la boca. Ese día volvimos con mi madre a casa y le conté lo que pasó y le di la cartuchera con las cosas de mi compañera. Al otro día cuando llegamos a la escuela mi mamá ingresa conmigo al curso para hablar con la maestra y le cuenta lo que pasó. La maestra, delante de todos, me llama al frente y a todos mis compañeros les dijo que yo era una ladrona y a mi mamá le dijo que era una chilena comunista que venía a robar. Creo que ese hecho detonó la urgencia de mi mamá a buscar ayuda, porque ese día fue el último que pisé esa escuela.

Este pasaje de su relato de vida ilustra varios elementos. El sufrimiento relacionado con una escuela que lejos de acogerla, brindarle cuidado y sosiego le recordaba constantemente su condición de extranjería. La acusación de su compañero y la actitud asumida por la maestra, la adulta a cargo del grupo, solo venían a confirmar lo que sabía: que estar en Argentina era peligroso, tanto como estar en Chile.

Esta pequeña anécdota es ilustrativa de algunas actitudes sociales propias de aquellos años en las que el Estado alentaba a la población a asumir su propia vigilancia y delación. Si una parte de la sociedad se manifestaba solidaria con aquellos que apostaban a la transformación social, otra participaba activamente de la construcción del consenso antisubversivo, clamaba orden y el final de la “subversión”. Como afirma Daniel Lvovich (2017), las prácticas delatorias existen de diversos modos en todas las sociedades, pero en algunas resultan más extendidas que en otras y tienen consecuencias más graves para las personas que son denunciadas. Si bien es muy difícil generalizar, coincidimos con Lvovich para quien estas actitudes ayudaban a diseminar el autoritarismo y el miedo, aun cuando no necesariamente encarnaran con la maquinaria criminal de la dictadura. Que la propia maestra, figura de autoridad y fuente de verdad para los niños y para muchas familias, sostuviera un discurso estigmatizante muestra cuál era el contexto en el que Pilar y su madre habían llegado.

CAREF, territorio de refugio

“Después de ese episodio mi mamá empezó los trámites en CAREF. No recuerdo qué fecha, pero sé que fue después de ese episodio”.

La política del gobierno peronista con relación a los exiliados chilenos inicialmente siguió un camino intermedio que combinaba algunas políticas poblacionales que permitían asimilar a una parte de los recién llegados, con otras que desalentaba su permanencia cuando no instrumentaba acciones directamente hostiles. En términos generales podría afirmarse que con el correr del tiempo, el enfoque poblacional fue progresivamente desplazado por los enfoques de Seguridad Nacional (Azconegui, 2020).

En un primer momento el Estado autorizó en abril de 1974 la creación de la Comisión Coordinadora de Acción Social (CCAS) que centralizaba y coordinaba la acción de las organizaciones eclesíásticas para la ayuda y reubicación de los exiliados. En Buenos Aires las organizaciones eclesíásticas eran dos, la Comisión Católica Argentina para la Inmigración, (CCAI) (católicos que contaban con una gran tradición en materia de ayuda a los migrantes y refugiados) y la Comisión Argentina para los Refugiados y Migrantes, (CAREF) (conformada por las iglesias evangélicas luterana unida, metodista argentina y del Río de la Plata especialmente para afrontar esa coyuntura)⁵ que recibían financiamiento del Alto Comisionado de las Naciones Unidas para los Refugiados (ACNUR) y del Consejo Mundial de Iglesias (CMI). A su vez, estas agencias funcionaban en permanente comunicación con el Comité de Cooperación para la Paz en Chile (Comité Pro Paz o también COPACHI) y con agencias constituidas en diferentes países, cuando recibían refugiados procedentes de Argentina.

⁵ Oficialmente CAREF se constituyó el 3 de octubre de 1973 bajo el auspicio del Consejo Mundial de Iglesias (CMI). Su propósito era prestar al refugiado, sin discriminación ideológica, ayuda, asistencia social y pastoral como expresión del servicio cristiano de las iglesias (Caja 09, “Carta Pastoral sobre refugiados”, Archivo CAREF).

Un elemento importante a tomar en cuenta es que el Estado argentino no reconocía a los recién llegados como “refugiados”. Es decir, que los refugiados lo eran únicamente ante el ACNUR, lo cual, en la práctica, constituía un “arma de doble filo”: por un lado, la obtención del status de refugiado daba derecho a ingresar en los programas de vivienda, alimentación y pasajes centralizados por la CCAI y por CAREF (en el caso de Buenos Aires), pero, al mismo tiempo, restringía libertades y dejaba a los exiliados muy expuestos a los sistemáticos controles del Estado. Por esa razón, aquellos que contaban con recursos propios no solicitaban la protección de ACNUR, una condición que fue adquirida por aquellos que, como Zunilda y sus hijas, no tenían redes alternativas.

En un comienzo, CAREF contaba con dos refugios en la Capital Federal. Con el tiempo, se añadieron casas refugios que pertenecían a las iglesias, como la Facultad de Teología de la localidad de José C. Paz, o la granja Altamira en la localidad de Gowland, ambas en la provincia de Buenos Aires. El objetivo, especialmente si había niños o personas enfermas era brindarles un ámbito lo más saludable posible. Gowland fue el refugio que acogió a Zunilda y sus hijas.

La agencia protestante buscaba que las personas salieran lo menos posible de las casas y hoteles pagados para ese fin porque tenían la certeza de que en la vía pública quedaban expuestos a la violencia estatal o de los grupos armados de derecha. La debilidad de la condición legal en la que se encontraban los extranjeros bajo la protección del ACNUR los transformaba en sujetos muy vulnerables frente a la prepotencia y hostilidad policial (Azconegui, 2016; Casola, 2019). La contrapartida de la convivencia involuntaria era el hacinamiento, el estrés y el aumento de los conflictos al interior de la comunidad refugiada. Durante todo este periodo los refugios fueron vigilados por los servicios de inteligencia y Gowland no fue la excepción. Sin embargo, a diferencia de los refugios urbanos, tenía mayores espacios destinados al esparcimiento lo que mejoraba las condiciones de convivencia.

N: ¿A vos te trajo tranquilidad [ir a Gowland]?

P: Totalmente y el hecho de estar con mi mamá constantemente, estábamos las tres juntas. Esa es la parte buena de lo que recuerdo. Y el refugio también, para mí fue un alivio. Porque me encontré con niños que hablaban lo mismo que yo. Había muchos niños y jugábamos. Para mi fueron como unas vacaciones.

En este punto, el relato retrata una característica propia del exilio infantil: el temor a perder a la mamá. Para Pilar el solo hecho de estar con su madre a tiempo completo traía tranquilidad. Estar con niños y niñas que pasaban por la misma situación, no tener que hacer esfuerzo por integrarse, por ser entendida o por pasar desapercibida, era “como estar de vacaciones”.

Pobre mi mamá que sí sufrió porque vivir todos hacinados no debe ser fácil. Por el espacio que teníamos era mejor, teníamos verde, podíamos jugar pero bueno, después era solo una habitación con dos cuquetas y una mesa. En el fondo del pasillo estaban los baños de uso común. Pero yo recuerdo que mi mamá no nos dejaba ir al baño. Ella tenía las bacinillas y ella se encargaba de eso y también nos bañaba en la pieza, en unos fuentones. Es que eran muchas familias. Estaba la casa grande, era una casona de un ex presidente y esa casona que era viejísima vivían también familias y luego había tres o cuatro barracas con muchas familias.

Dentro del refugio comenzaron a darse las condiciones para la elaboración colectiva, lo que marcó una etapa completamente distinta respecto de la soledad anterior. Si la experiencia del refugio los volvía más identificables ante el Estado, al mismo tiempo propiciaba un ambiente de reflexión y acompañamiento del cual participaban también los niños, ayudándolos a situar mejor sus experiencias.

Y a la noche se juntaban y se contaban sus penares, digamos. Nosotros escuchábamos por ahí las historias. [...]

N: ¿Y ustedes presenciaban?...

P: Y sí, para nosotros era ya como natural. Estar todos juntos, en silencio, hablar, escuchar historias tristes, se naturalizó.

Pese al paso del tiempo Pilar recuerda sin dificultad una historia cuya trama podía resultar difícil de comprender a cualquier otro niño o niña de su edad. Le resultaba difícil de comprender las matemáticas en la escuela pero no que a una persona la dictadura la vejara en formas terribles. La violencia del Estado, era una dimensión con la que estaban obligados a crecer. Lo más importante para ellos era sentirse parte, ser amados y aceptados en las circunstancias que les tocara pasar.

N: ¿Entre los chicos hacían lo mismo?

P: También, sí, también. Hacíamos lo mismo pero a nuestro nivel, ¿no es cierto? [Contábamos] Qué nos habíamos dejado allá, nuestras historias con nuestros primos y que no podíamos contarle nada a nadie. Nosotros ya pensábamos que no íbamos a ver más a nuestras familias. Y eso se contaba y llorábamos. [Se emociona] Todos nuestros primos, nuestra familia, pensábamos que no los íbamos a ver nunca más. Cuando salíamos del refugio no podíamos hablar con nadie, nadie podía saber de dónde veníamos.

Como puede verse, el refugio cumplió una función afectiva muy importante. Era el lugar en donde podían hablar sin ocultar quiénes eran. Comparado con la situación anterior la vida en Gowland traía alivio y cierta estabilidad. Incluso, se pensó en un espacio específico para que los niños pudieran canalizar sus pesares.

Los chicos cantábamos. Ahora yo no sé quién hizo la letra, pero imagino que habrá sido la asistente social que trabajaba con nosotros. No sé cómo se hizo. Recuerdo que la cantábamos: *Cantemos /Bailemos/ Todos en el refugio [Tararea]/Será nuevo el mañana/ De paz y de amor/Y juntos cantaremos/Sin odio ni rencor. /Los niños chilenos/ Sabemos lo que es dolor/Y nuestras amargas / Muy pronto pasarán.*

La letra de la canción no buscaba interpelar a toda la comunidad, sino que hablaba de y para los niños: “los niños sabemos lo que es dolor”. Se ponía palabras a las experiencias, se las reconocía sin negaciones ni minusvaloraciones que ellos también eran víctimas, que ellos entendían y sufrían igual que sus padres. Al mismo tiempo, la canción les prometía que el dolor sería pasajero y el futuro diferente.

Rumbo a Chaco

Hasta finales de 1974 Argentina todavía podía representar un lugar relativamente apto para los recién llegados. Aunque la acogida nunca fue del todo amable (Peñaloza y Lastra 2016), el gobierno peronista a través de la Dirección Nacional de Migraciones (DNM) dirigida por Lelio Mármora (organismo sobre el que recayó la responsabilidad de regular la situación de los recién llegados), propició una política de asentamiento en las provincias

habilitadas por el plan poblacional que combinaba la posibilidad de establecer residencia en el país con la prohibición de fijarla en Capital Federal y sus alrededores, Córdoba, así como en la franja fronteriza con el país de origen hasta los 200 km de ancho (Azconegui, 2016). Esta medida apuntaba a priorizar el poblamiento de las provincias del Noreste del país como Chaco y Formosa. Con el tiempo Argentina se fue transformando en un país exclusivamente de tránsito y por eso las familias refugiadas conformaban un cuello de botella en Buenos Aires a la espera de que algún país las aceptase.

Para finales de la primavera de 1974 Zunilda y sus dos hijas consiguieron el reasentamiento interno y fueron admitidas en Chaco. El ACNUR apoyaba con recursos económicos que eran provistos a las familias en condición de préstamos muy flexibles. En este caso fueron trasladadas junto con otras familias a Puerto Bermejo y les asignaron casa, tierra y herramientas de labranza. El cambio era superlativo. Habían pasado de un Chile de clima mediterráneo, veranos secos y noches frescas todo el año, a una región de la Argentina con clima subtropical sin estación seca, con lluvias constantes, selvas en galerías y temperaturas muy elevadas.

Llegamos ahí y a mi mamá le agarró un ataque de depresión. No podíamos estar, lloraba todo el día. La casa que nos dieron era típica del lugar: paredes de barro, techo de paja y suelo de tierra, sin ventanas. Las ventanas que tenía eran cuadrados, chiquitos. Era una casa con varias habitaciones y entonces cada familia tenía que ocupar una habitación. No es que tenía cada uno su casa. Mi mamá cuando vio eso se quería volver a los dos minutos. Pero se tuvo que aguantar. Vos no sabés los mosquitos lo que era, una cosa impresionante.

Aterrizar en Chaco, visualizar un futuro allí fue un golpe duro para una mujer como Zunilda, sola, a cargo de dos hijas pequeñas y puesta en un ambiente de trabajo completamente ajeno a su vida anterior. En Chile, tenía vivienda, una profesión y una participación política extensa. La llegada a Buenos Aires había significado un proceso de acelerado empobrecimiento que la mudanza a Chaco parecía terminar de sellar. Pero la experiencia de Pilar, por lo contrario, muestra que las necesidades afectivas y sociales de los niños no se relacionan exclusivamente con las condiciones materiales:

P: Yo no sufrí nada. Fue mi momento más hermoso. Te imaginás, en medio de la selva, atrás de la casa había un riachuelo que había cocodrilos, yacarés, había un árbol y de ahí podíamos pasar de un lado al otro; había pirañas y le dábamos de comer a las pirañas, pero mi mamá estaba...

N: Pero también era peligroso,

P: Como niño no lo ves. Íbamos a las lagunas donde estaban las lampalaguas, los monos, empezaban a las 6 de la mañana a aullar, a la mañana y a la noche, yo era feliz.

La felicidad de Pilar contrasta con la depresión de su madre, que obviamente llevaba la obligación de pensar cómo salir adelante en un ambiente tan hostil. El peligro de la represión parecía haber quedado lejos, pero la inseguridad económica, la falta de un porvenir claro eran cargas muy pesadas a llevar en una de las provincias más pobres del país. Para Pilar, en cambio, la llegada a Puerto Bermejo se relaciona con la posibilidad de dar rienda a la niñez, al juego, al deambular, a la experiencia de descubrir el mundo libre de las presiones de los adultos, incluidas las de la escuela.

Pero la hostilidad del ambiente, la falta de experiencia en el trabajo rural llevó a que la estancia fuera corta tanto para ellas como para las demás familias.

Éramos varias familias [pero] ninguna sabía trabajar el campo. Nadie sabía hacer nada. Nos habían puesto una bomba de agua, para sacarla del subsuelo, así que agua teníamos, el tema es que cuando llovía demasiado, el río de atrás desbordaba así que nosotros estábamos en una isla en la casa y todo era agua, agua, agua. En verano llueve casi todos los días, así que ella no sabía qué hacer.

Hacia el final de la década la mayoría de las familias solicitaron la repatriación voluntaria a falta de una perspectiva mejor. Muchas de las familias que habían sido beneficiadas con el asentamiento en distintas provincias a inicios de 1974 y tenían la residencia aprobada se encontraban, sin embargo, en situación de extrema pobreza. De este modo, cuando el régimen chileno comenzó a publicar listados con las personas habilitadas para regresar al país, decidieron probar suerte solicitando autorización en el Consulado chileno. El retorno a un Chile que quizás los había olvidado parecía un riesgo menor que continuar en Argentina.

Mi mamá se quería volver o hacer otra cosa. Entonces, ahí cerca de Puerto Bermejo, había un pueblito que se llama General Vedia. En General Vedia estaba la iglesia Discípulos de Cristo que es una de las iglesias que ayudó a CAREF. Entonces el pastor, uno de los pastores que la conocía a mi mamá, Angel Peiró, que era el pastor de la iglesia de Resistencia de Discípulos de Cristo, que obviamente estaba en contacto con la iglesia de General Vedia, fueron a conocer a los refugiados porque eran los que hacían la recepción. Y vio en mi mamá un potencial. Así que cuando ella estaba muy desesperada que se quería volver le ofrece una opción que es ir a General Vedia que había una granja avícola de los Discípulos de Cristo y necesitaba alguien que maneje el lugar y ella enseguida dijo que sí, porque eso era un pueblito, ya era otra cosa.

En General Vedia la vida comenzó a mejorar para Zunilda y sus hijas. Fueron acomodadas en una casa que compartían con la familia a cargo de un cuidador. Allí permanecieron un año hasta que el Pastor Peiró le propuso a Zunilda trabajar como enfermera en una misión evangélica en Juan José Castelli.

Fuimos unos días de visita para conocer, para que ella vea de qué se trataba y no volvimos más. Pasa que las JUM [Junta Unida de Misiones] nos daba una casa y no teníamos que pagar alquiler y la misma iglesia nos pagaba los servicios.

Castelli era un pueblo muy chiquito ubicado al oeste de Chaco. Tierra y polvo caracterizan sus caminos. Para la década de 1970 la sociedad estaba racialmente segregada. De un lado, estaban los alemanes del Volga, que solían replegarse en sus comunidades. Del otro, los pueblos indígenas, los “tobas”, como se los designaba por entonces, y finalmente los criollos.

Los “gringos” tenían a los aborígenes como esclavos, los tomaban para el tema del algodón, la mano de obra barata eran ellos. [...] La misma JUM los fue organizando y ayudando para organizar su barrio.

La JUM cumplió un rol muy importante en la urbanización retomando una larga tradición misionera de los protestantes que sostenían la necesidad de democratizar América Latina promoviendo su desarrollo económico⁶. Durante los años 1960 y 1970 esos proyectos

⁶ Integran la Federación JUM las Iglesias Evangélicas Metodista, Discípulos, Evangélica del Río de la Plata, Valdense del Río de la Plata.

fueron radicalizándose en el marco de las interpretaciones cercanas a la teología de la liberación y se materializaron en experiencias de misión entre los pueblos más postergados (Leone, 2017).

En ese contexto, no resulta extraño que Zunilda y su familia se transformasen en personalidades reconocidas y respetadas. A diferencia de lo que podía ocurrir en las grandes urbes del país, ser chilenas, no comportaba ninguna connotación negativa. Las marcaciones étnicas, mucho más que el origen nacional, eran las que organizaban las relaciones de poder (Salamanca, 2014).

N: Y ustedes en esa sociedad tan clasista ¿quiénes eran?

P: Y nosotras ocupábamos un lugar muy importante porque las JUM en sí es, era muy importante. Y nosotras al pertenecer a las JUM teníamos un lugar muy importante. No nos hicieron *bullying* ni nada.

N: En una sociedad donde ser o no indígena era una marca importante, ser chileno quizás no.

P: No, no lo era y en ese lugar como que lo raro se vuelve importante, porque no había otros chilenos. Qué hace un chileno acá: es que es misionera, la señora es misionera. Pasaba por otro lado, no entendían nada de nada respecto a lo otro.

La mirada sobre la escala local permite comprender que las relaciones de poder no se organizaban siguiendo los mismos patrones en todo el país. Enfocado desde Buenos Aires, ser chileno tenía múltiples connotaciones. Desde el Estado se reproducían estereotipos negativos justificados tanto en la rivalidad por el territorio fronterizo como en los marcos de sentido construidos por los discursos de lucha antisubversiva. Esa forma en de organización de las relaciones de poder en las principales ciudades tenían poco sentido puestas a jugar en otros contextos. Por esa razón, en el recuerdo de Pilar, Castelli funcionó como un verdadero lugar de refugio para ella y su familia. En Castelli ser chileno significaba poco. Ser enfermera, pertenecer a las JUM era lo que marcaba una posición de respeto social. En Castelli, tampoco la dictadura militar significaba lo mismo que en los grandes centros urbanos.

En el pueblito, como que no pasó nada respecto al golpe de estado. Hay dos o tres que se perdieron del pueblo y listo. Se perdieron, se terminó el problema. Todo queda ahí. Por eso, Castelli fue un buen lugar de refugio para nosotras. Un lugar privilegiado.

Desde luego, el solo hecho de que hubiera “dos o tres que se perdieron” permite ver que el terrorismo de Estado alcanzó a todo el país, pero también que el peso del discurso dictatorial sobrevivió como memoria colectiva en la expresión “se perdieron” que coloca la responsabilidad en las víctimas y oculta la acción de Estado. Pero en el recuerdo de la Pilar niña, el aislamiento, que podía ser fatal para los familiares de las víctimas, constituía una cobertura ideal para su familia. Parte de esa otra memoria de la dictadura, ligada a lo que ocurrió, o a lo que no ocurrió en pueblos pequeños, es sostenida también por Pilar para quien el terror está asociado especialmente con Chile.

No fue lo mismo eh, porque también acá, o por lo menos allá en Castelli, no se sintió. No sentía ese miedo, esa tensión. Allá [en Chile] fue muy dura, porque el hecho de no poder salir de tu casa, de no poder hablar con tu vecino, de andar a las escondidas para poder hacer algo. Yo era chica, pero a mí se me apagaron los días. Eso no sucedió acá. Es más, en el '76, me acuerdo que fue Videla allá a Castelli y todas las casas, todos los palos pintados de blanco, mi mamá no entendía nada. Estaban arreglando al pueblo porque

venía Videla. Así que mi mamá, porque Videla fue a las JUM, y mi mamá tuvo que saludarlo amablemente como si no pasara nada. Después ella nos contaba, porque era algo insólita, si supiera el tipo quién soy...

No obstante, el relato de Pilar nos permite preguntarnos sobre el significado de la acción del pueblo sobre los preparativos. ¿Implicaba consenso necesariamente? O bien era el temor los que los llevaba a actuar de modo tal de no levantar sospecha. De acuerdo con Carlos Salamanca, las formas de violencia desplegada por la última dictadura militar en Chaco no se centraron en el uso de “prácticas genocidas” sistemáticas, aunque operativos como la Masacre de Belén podrían contrariar esta afirmación: *“más que hacia las prácticas genocidas, las formas de hegemonía de la última dictadura en la región se despliegan hacia otros horizontes: [...] la movilización de los indígenas en términos productivos [que] iba de la mano de su desmovilización en términos políticos”* (2014:173) En ese marco donde la violencia se proponía un reordenamiento social y productivo la labor de la JUM fue tolerada en cuanto contribuía con el objetivo “civilizador”. En resumidas cuentas, el conservadurismo de Castell y la pertenencia a la misión evangélica terminó de construir una cobertura adecuada para Zunilda y sus hijas, capaz de hacerlas sentir seguras.

[...] mi mama nos adoctrinaba bastante así que nosotras teníamos ciertas normativas acerca de cómo debíamos comportarnos, qué debíamos decir, qué podíamos hacer, más cuando ya fuimos creciendo. Entonces nosotras nos teníamos que proteger con las iglesias que estaban ahí. Nosotras decíamos eso, “mi mamá era misionera”; nunca decir que mi mamá salió por un problema político, o que éramos refugiadas, eso no. Éramos misioneras. Entonces nosotras nos apantallábamos detrás de eso. Encima mi mamá era enfermera, era la que manejaba la clínica, entonces era como que sí, teníamos una función específica.

A pesar del respeto social conseguido, ser mujer, misionera, madre sola de dos hijas pequeñas concitaba la mirada social y llevaba aparejada algunas expectativas sociales.

N: ¿Tu mamá no volvió a formar pareja?

P: No. Ella dijo que todo eso para que nosotras no sufriéramos. Ella siempre estuvo muy atenta, muy asustada. El ámbito de la JUM también era muy conservador. Eran europeos, estructurados. Los metodistas son muy estructurados. Así que me imagino que tendría miedo a perder el trabajo así que por eso se habrá recluso.

Este pasaje de la entrevista resulta muy relevante para comprender en qué momento se consolidó el “pacto” de silencio que acompañó a Zunilda y sus hijas por décadas. Zunilda que no era creyente pasó a ser la enfermera de la misión. Zunilda que creía en un mundo con otras reglas, no volvió a mencionar su militancia política. Su vocación de servicio como enfermera se convirtió, quizás, en una esquina, en un punto de encuentro entre esos dos mundos. Su condición de refugiada, aunque silenciada, siguió siendo el atajo para conectarlos.

1978 el año del Beagle

Durante 1978 se configuró una delicada coyuntura política cuando en virtud del litigio por el Canal de Beagle, Argentina y Chile casi se enfrentan en una guerra. Durante el transcurso de ese año la dictadura militar hizo un despliegue de recursos en función de mostrar ante la población la legalidad y legitimidad de la posición Argentina. En los medios de comunicación, en las escuelas y universidades, diplomáticos y militares presentados como “especialistas” en el tema se encargaron de fundamentar los reclamos de soberanía y ganar la

empatía de la población con una batería de argumentos que lo transformaban en una “cruzada” nacional. La contracara era que varias de las razones repetidas fomentaban el odio esencialista hacia los chilenos. Durante ese año, las agresiones y hostilidades contra los exiliados y refugiados chilenos fueron muy frecuentes, especialmente en las provincias de Neuquén y Mendoza donde había mayor cantidad de residentes. El trabajo de la historiadora Mónica Gatica sobre el exilio de obreros chilenos en Chubut es muy ilustrativo de las numerosas persecuciones sufridas por cientos de personas a raíz de su “chilenidad”. En su investigación, reconstruye las frecuentes razzias llevadas a cabo en los barrios y los rumores lanzados sobre la población para justificar la violencia sobre familias de origen muy humildes. En Buenos Aires, la Dirección de Inteligencia de la Policía de la Provincia de Buenos Aires (DIPBA) dedicó parte de sus recursos a la vigilancia de todos los chilenos presentes en territorio bonaerense, fueran estos funcionarios consulares, residentes de a pié, o refugiados políticos. Por primera vez desde 1973 se ponía un signo igual entre todas las personas de esa nacionalidad. En un trabajo anterior, hemos analizado cómo la mirada de los servicios de inteligencia policial sobre los chilenos cambió en esa coyuntura. Por muchas razones que iban desde la adhesión ideológica hasta el deseo de demostrar eficiencia a sus superiores inmediatos, la mayoría de los agentes de inteligencia sembraban sospechas y soltaban certezas sobre refugiados y exiliados que, por razones jamás esclarecidas, había pasado a ser colaboradores del régimen que primero los había expulsado (Casola, 2017a).

Zunilda y sus hijas que apenas si habían conseguido hacer pie asentándose en los confines del país, no lograron quedar por afuera de ese contexto y fueron notificadas de que serían deportadas.

[...] Nos mandaron una carta y ahí inmediatamente la Iglesia Evangélica de los Discípulos de Cristo nos amparó. Nos llevaron a Buenos Aires a la embajada norteamericana y ahí estuvimos hasta que se resolvió el problema.

N: ¿Y cuánto tiempo estuvieron ahí?

P: Habremos estado un mes, por ahí. Fuimos a la embajada norteamericana y no es que nos quedamos viviendo ahí adentro. Nos dieron un departamento acá en Buenos Aires y ahí nos quedamos hasta que se resolviera el problema y entonces sí pudimos volver a Castelli. Todo eso lo accionó la iglesia.

N: ¿Fueron ustedes solas o eran más?

P: Fuimos nosotras solas.

N: ¡Qué miedo!

P: Y sí, porque, qué íbamos a hacer, dejar todas nuestras cosas otra vez, la incertidumbre otra vez, pero yo ya no sentía ese terror que sentía antes. Creo que mi mamá tampoco.

El respaldo de la Iglesia Discípulos de Cristo y el amparo de la embajada norteamericana, en un contexto en que el que crecían las denuncias internacionales en torno del terrorismo estatal en Argentina, evidentemente fueron elementos importantes que permitieron frenar la disposición y resolver la situación en favor de Zunilda y sus hijas. Esta resolución de la situación, a su vez, muestra que la protección del ACNUR fue efectiva en ese contexto, a diferencia de lo que había ocurrido en los años anteriores cuando ser refugiado atraía la mirada sospechosa del Estado (Azconegui, 2020). Sin embargo, puede pensarse que ese evento pudo reforzar los temores de Zunilda relacionados con hacer pública su condición de refugiada, miedo que legó en sus hijas quienes silenciaron su verdadera historia por décadas.

Volver a Chile

El final de la dictadura en Chile se produjo recién en 1990 luego de un largo y complejo proceso de negociaciones que legó un régimen político democrático limitado cuya pesada herencia está siendo fuertemente cuestionada en la actualidad.

Los retornos de los exiliados se produjeron en tandas desde finales de los años 1970 y tuvieron avances y retrocesos, conforme la década de 1980 tuvo picos represivos muy intensos que obligaron a nuevos exilios.

Zunilda y sus hijas decidieron no retornar porque su vida estaba en Argentina. Sin embargo, cuando comenzó el gobierno de Patricio Aylwin decidieron viajar para reencontrarse con su familia.

En ese momento mi mamá tenía mucho miedo, así que en lugar de entrar por Mendoza, fuimos por Salta, hasta San Antonio de los Cobres y de ahí a Antofagasta y de allá bajamos y llegamos hasta la casa de mis tíos, sin avisarles que íbamos, sin decirles nada. Golpeamos la puerta y cuando nos abrió vos no sabés, fue la experiencia de más alegría, de abrazarnos, de llorar de todo, con mi prima que la última vez que la había visto tenía 5 años, y ya estábamos todas adolescentes. Fue una cosa... muy emocionante. Así que en ese viaje volvimos a ver la casa que dejamos, la casa de mi tía. La casa estaba idéntica, igual, volver a revisar todo...

Al narrar la experiencia del regreso Pilar se emociona y sintetiza el drama de muchos exiliados: no ser del todo de aquí ni de allá. Extrañar a la familia, extrañar lo que alguna vez fue propio pero ya no.

Si yo tuviese que elegir me hubiese gustado vivir en Chile, yo me sentí como arrancada. Yo agradezco a la Argentina todo, es más tengo el documento argentino pero en mi corazón es como que no pude, que se yo, tal vez, tener a mi familia, a mi gente, mis costumbres, es más no pude hacer y no se podía hacer porque no se podía. Eso es lo doloroso, es como que te cortan. Y mi mamá siempre intentó mantener vivas las costumbres entre nosotras, el 18 de septiembre, su banderita...

En el relato de Pilar aparece una superposición entre los dolores de su madre y los propios. El sacrificio de su mamá por conservar las tradiciones que ella y su hermana, lógicamente, irían perdiendo en la adaptación e integración con el país de acogida. El dolor de Pilar se expresa por lo que “se cortó”, por lo que se perdió y por lo que se imagina que podría haber sido la vida de no haber mediado la dictadura. Uno de los efectos del exilio es justamente el carácter forzado de la movilidad, la certeza de que lo que se deseaba era otra cosa, otro presente, otro lugar. Muchos migrantes económicos sienten lo mismo. Sin embargo, el peso de la voluntad suele ser mayor y ayuda a reconciliarse más fácilmente con la adaptación y la aceptación de que lo que mejor está por venir. El exiliado, en cambio, debe abrirse camino en la nostalgia. Para los niños y niñas esa carga no es tanto la propia como la que transmiten los adultos. El relato de Pilar también, por momentos, deja ver ese proceso de apropiación del dolor materno. Los dolores propios son los relacionados con Chile y con los primeros tiempos del exilio. Pero Pilar reconoce haber sido feliz en Chaco. A partir de ese punto, el temor a ser descubiertas, las dificultades para adaptarse a nuevo medio, para construir nuevos lazos amorosos no le pertenecen, pero lo recuerda, los puede contar porque estuvieron ahí, en el rostro preocupado de su mamá. Esas preocupaciones fueron también parte de su infancia exiliada.

Consideraciones finales

El exilio chileno en Argentina fue muy numeroso y extendido en el tiempo. El presente artículo buscó ingresar en esta historia a partir de la reconstrucción de una memoria representativa. La historia de Pilar es profundamente rica para conocer las características de los exiliados que salieron perseguidos por una dictadura y llegaron a otro destino igual de peligroso. La reconstrucción biográfica nos permite reflexionar acerca de la complejidad de estas experiencias y pensar cómo los cambios de contexto político y económico afectaban las vidas en lo concreto. Observar que las estrategias de supervivencia diseñadas por las y los exiliados respondían a un marco espacio temporal preciso que nos dispusimos reconstruir: El haber llegado en un momento preciso del gobierno peronista explica algunas de las hostilidades sufridas, pero también la posibilidad de haber sido reasentadas en Chaco. Tiempo después esa opción quedó cancelada y las familias quedaron varadas en Buenos Aires a la espera de un nuevo destino en el exterior. La pobreza estructural del interior del país, la presencia de las misiones protestantes, el modo en que se recuerda la dictadura desde las periferias, son algunos de los tópicos sobre los que hemos podido pensar a partir de la entrevista. La transición democrática primero en Argentina y luego Chile, cada una de estas coyunturas afectaron de un modo particular las opciones políticas y económicas, las formas de sociabilidad que podían establecer las y los exiliados. Este artículo, intentó reponer ese proceso con la textura que permite la historia personal.

La historia de Zunilda es la de una mujer con herramientas simbólicas suficientes para armarse una vía propia para salir al exilio sin levantar sospechas. La de una mujer trabajadora que pensó cada paso a seguir desde su realidad de clase y desde su género: hizo valer su condición de esposa para conseguir el permiso para salir legalmente de Chile y renunció a la posibilidad de una vida amorosa para cuidar una respetabilidad social que consideraba frágil. La maternidad fue un elemento constitutivo que expresa las particularidades del exilio femenino: la obligación, la responsabilidad de cuidar; la carga de no poder hacerlo en las condiciones deseadas.

La historia de Pilar es la del exilio infantil. En este artículo buscamos restituir aquellos aspectos que pudieran dar cuenta de la “agencia” en la niñez, de sus gestos de autonomía: el gusto, el disgusto, la ira o la identificación con la situación de los padres, todos aquellos rasgos que nos permiten encontrar la diferencia. La desobediencia al esconder la segunda muñera, la obstinada negación a prestar atención en la escuela, el no entender una palabra del castellano “a la Argentina”, la felicidad de vivir libremente en Chaco, son algunos gestos que ponen de manifiesto que la niñez no se vive a la medida de lo que los adultos ordenan. En su recuerdo, la felicidad venía acompañada de la ausencia de presiones sociales concretas. Desde luego, no se trata de hacer aquí un perfil psicológico, sino de intentar comprender que los marcos del exilio en los niños se jugaban en sus propios espacios de sociabilidad: la escuela, el hogar y los lugares de juego. Todos esos marcos, los conocidos, los construidos en Chile, habían desaparecido. El exilio infantil irrumpe en el relato como un proceso de maduración obligada: descubrir que el mundo de los adultos no es el de la verdad. Que hay divisiones y que es necesario compartir las creencias de los adultos para tener certezas sobre dónde reside el “bien”, y dónde el “mal”. La identificación de Pilar con la militancia materna aparece como un momento importante en su vida, como un paso necesario que la preparó para afrontar todo lo que siguió una vez cruzada la Cordillera. Ese proceso de maduración también era comprender precozmente que el mundo de los adultos era el de la violencia, el de los peligros que la amenazaban y la aterrorizaban con separarla de su mamá. Para Pilar niña estar con su mamá era lo más importante, lo más parecido a “estar de vacaciones”.

Bibliografía

Azconegui, Cecilia (2016): “El gobierno peronista frente al exilio chileno. La experiencia de la red nacional de asistencia a los refugiados (1973-1976)”, en *Izquierdas*, N° 26, 2016, pp. 1-22, consultado 2 de mayo de 2020, disponible en línea en: <https://journals.openedition.org/izquierdas/569>

Azconegui, Cecilia (2016): “Los refugiados chilenos residentes en Argentina como un problema de seguridad nacional”, en *História: Questões & Debates*, Curitiba, v. 68, N° 01, pp. 171-196, jan./jun, 2020, Universidade Federal do Paraná, consultado el 3 de septiembre de 2020. DOI: <http://dx.doi.org/10.5380/his.v00i0.00000>

Casola, Natalia (2017): “La represión estatal hacia los exiliados chilenos entre 1973 y 1983. La construcción de una legalidad represiva para la expulsión”, en *Revista Estudios*, N° 38, 2017a, pp. 69-86, consultado 2 de mayo de 2020, disponible en línea en: <https://revistas.unc.edu.ar/index.php/restudios/article/view/19129>

Casola, Natalia (2017a): “Los indeseables. El exilio chileno en la mirada de la DIPBA (1973-1983)”, revista *Clepsidra. Revista Interdisciplinaria de Estudios sobre Memoria* / Volumen 4, N° 7, 50-67, consultado 2 de mayo de 2020, disponible en línea en: <http://ppct.caicyt.gov.ar/index.php/clepsidra/article/view/Casola/pdf>

Casola, Natalia (2019): “La niñez chilena exiliada en Buenos Aires. La escuela como ventana a la experiencia infantil (1974-1983)”, *Anuario del Instituto de Historia Argentina*, 19(1), consultado 2 de mayo de 2020, disponible en línea en: <https://doi.org/10.24215/2314257Xe091>.

Casola, Natalia (2019a): “Conflictos y repertorios de organización de las y los refugiados chilenos en Buenos Aires (1973-1983)”, en *Revista de Historia Social y de las Mentalidades*. Universidad de Santiago de Chile, Vol. 23, N° 2, consultado 2 de mayo de 2020, disponible en línea en: <http://www.revistas.usach.cl/ojs/index.php/historiasocial/article/view/4121>

Casola, Natalia (2020): “En la ‘ciudad de la furia’. Refugiados chilenos en Buenos Aires entre 1973 y 1983”, en Jimena Alonso, María Eugenia Horvitz y Carla Peñaloza (Coords.), *Exilios del Cono Sur: género, generación y clases*, Santiago: Erdosain [En prensa].

Castillo-Gallardo, Patricia, y González-Celis, A. (2014): “Infancia, dictadura y resistencia: hijos e hijas de la izquierda chilena (1973-1989)”, *Revista Latinoamericana de Ciencias Sociales, Niñez y Juventud*, 13 (2), pp. 907-921, consultado 2 de mayo de 2020, disponible en línea en: <http://biblioteca.clacso.edu.ar/Colombia/alianza-cinde-umz/20160114073927/InfanciaDictadurayResistencia.pdf>

Coraza, Enrique (2018): “Cuando moverse es una estrategia de vida”, *Ecofronteras*, vol. 22, N° 62, pp. 18-20.

Gatica, Mónica (2012): *¿Exilio, migración, destierro? Trabajadores chilenos en el Noreste de Chubut (1973-2010)*, Prometeo, Buenos Aires.

González de Oleaga, Marisa, Meloni González, Carolina y Saigh Dorín, Carola (2016): “Infancia, exilio y memoria. Tres relatos de una infancia transterrada tras la última dictadura argentina”, *Kamchatka*, 8, pp.93-109.

Halbwachs, Maurice (2005): “Memoria individual y memoria colectiva”, traducción realizada por la revista *Estudios*, N°1.

Jelin, Elisabeth (2002): *Los trabajos de la memoria*, Siglo XXI, Buenos Aires.

Jensen, Silvina (2002): “Los hijos del exilio. Reflexiones en torno al diálogo intergeneracional en el seno de las familias argentinas exiliadas en Cataluña”, *Memory Across Generations: The future of “Never Again”*, Buenos Aires, Conference sponsored by the University of Wisconsin-Madison & IDES.

Leone, Miguel (2019): “Por la liberación del indígena. Trabajo pastoral y procesos de organización política indígena en la región del Chaco argentino (1965-1984)”, *Sociedad y Religión*, N° 51, Vol. XXIX, pp. 112-141, consultado el 3 de octubre de 2020, disponible en: <http://www.ceil-conicet.gov.ar/ojs/index.php/sociedadylreligion/article/view/238>

Lorenz, Federico (2008): *Los fantasmas de Malvinas. Un libro de viajes*, Eterna Cadencia, Buenos Aires.

Lvovich, Daniel (2017): “Sospechar, delatar, incriminar: las denuncias contra el enemigo político en la última dictadura militar argentina”, *Revista Ayer*, N°107, Madrid, pp.73-98. Consultado 2 de mayo de 2020. Disponible en línea en: <http://revistaayer.com/articulo/163>

Paredes, Alejandro (2007): *Las condiciones de vida de los exiliados chilenos en Mendoza, 1973-1989*, Tesis de Doctorado en Historia, Facultad de Humanidades y Ciencias de la Educación, Universidad de La Plata.

Paredes, Alejandro (2016): “El exilio no fue dorado... Las condiciones de vida de los exiliados chilenos en Mendoza entre 1973 y 1989”, *III Jornadas de Trabajo Exilios Políticos del Cono Sur en el siglo XX Agendas, problemas y perspectivas conceptuales*, consultado el 3 de octubre de 2020, disponible en línea en: http://www.memoria.fahce.unlp.edu.ar/trab_eventos/ev.9324/ev.9324.pdf

Peñaloza Palma, Carla y Lastra, Soledad (2016): “El asilo en tensión. Experiencias de chilenos asilados en la embajada argentina en Santiago tras el golpe de Estado de 1973”. *Revista Perfiles Latinoamericanos*, Ciudad de México, pp. 83-109.

Portelli, Alessandro, (2016): “Tener razón en frente del patrón. Estructura y eventos en la vida de Valtéro Peppoloni, trabajador”, en *Historias orales. Narración, imaginación y diálogo*. Prohistoria, Rosario, pp.247-263.

Porta, Cristina (2006): “La segunda generación: los hijos del exilio”, en S. Dutrénit Bielous (Coord.), *El Uruguay del exilio. Gente, circunstancias y escenarios*, Trilce, Montevideo, pp. 488-505.

Salamanca, Carlos (2014): “Espacios, tiempos, identidades: políticas de la última dictadura militar en el Chaco argentino”, en *Revista de Estudios sobre Genocidio*. Año 7, Volumen 10, Buenos Aires, pp. 157-176, consultado el 3 de octubre de 2020, disponible en: https://ri.conicet.gov.ar/bitstream/handle/11336/70036/CONICET_Digital_Nro.54fb08f3-8a0d-4886-b4ea-03124d27b060_X.pdf?sequence=5&isAllowed=y

Yocelevzky, Ricardo (2002): *Chile: partidos políticos, democracia y dictadura, 1970-1990*. Fondo de Cultura Económica, Santiago de Chile.

Zucker, Cristina (2005): La casita de caramelo. *Lucha Armada en la Argentina*, 3, 4-13.

Fuentes primarias

Entrevista a Pilar Barredo Saldoval realizada por la autora. Buenos Aires, Morón, octubre de 2018.

Fuentes secundarias

Alcoba, Laura (2013): *El azul de las abejas*, Edhasa, Buenos Aires.